

Taller



POR EYRA HARBAR

El último cigarro

Va cargado de lata y papel. El hombre, que apenas puede con sus huesos, cojea corroído por un reuma viejo que le impide afirmar con fuerza el paso. A la mitad de la calle avanza tanteando una línea imaginaria que divide una acera y otra. La ciudad es un festín, porque es día libre y los carros de basura están de asueto. Por eso los tiraderos están repletos de bolsas negras y de color, y un olor de fruta podrida serpentea la calle hasta los balcones más altos despertando una especie de sueño que mezcla alcanfor y descomposición. El bamboleo del hombre le imprime un detalle como día de juicio final con aquella hecatombe en desperdicios. Si predijera el futuro, así sería: basura apilada en el paredón de un dios que ha olvidado separar lo bueno de lo malo provocando el caos en el mundo.

Aquello es dinero y abusa de cada bolsa al abrirlas, meterles mano, y con un sonido de papel revuelto y desvalijado que parece el crepitar del fuego toma lo útil y arroja lo inservible para su propósito. En el mercado la hojalata se vende bien y hay que aprovechar la sucursal a plena calle en el Día de Muertos. La gente se fue a la playa y lo que hay es esta ruma rentable.

Prosigue su camino con varias bolsas que le dan un aire de Papá Noel latino y marginal que, en lugar de renos, trae perros callejeros y uno que otro gato que se escabulle entre los matorrales. Pero esta tarde no habrá Mesías ni pesebre acompañando la

Seis nuevos cuentistas panameños

apertura de los cofres de plástico en esta procesión de Nochebuena adelantada, sino basura.

La rutina es así: se abre una bolsa, se escarba un poco y salen de esa boca un montón de perlas oxidadas y papel gris que será vendible al mejor precio. Pero puede ocurrir algo mejor: un electrodoméstico inservible, partes de un artefacto mayor o una bicicleta en desuso. Y también, como ahora, se encuentra una piedad velluda y carcomida, los brazos amarrados junto a la cabeza, colocada con descuido sobre un paño que tiñe de rojo lo que toca. Rojo de Papá Noel.

La rutina es así: Navidad llega con preguntas policiales cuando uno termina de fumar el último cigarro.

La enagua

Para Enrique Jaramillo Levi

Miró en el panorama un horizonte de nubes bajas. Un olor de tierra mojada se adelantaba al aguacero. Antes de buscar la ropa tendida, dejó en el barandal migajas de pan que luego comieron algunas palomas con plumas sucias que buscaban refugio.

Bajó las escaleras sin prisa. Su descenso crujía en cada paso sobre los tablones jamás removidos desde su construcción, maderas firmes que habían cedido al sonido del tiempo, así como sus piernas se habían convertido en el más blando sostén de su cuerpo. Cuando llegó al último escalón, el temporal venía montado en una nube que parecía de hierro anunciándose con latigazos que podían escucharse hasta en las montañas más lejanas.

Levantó los brazos para desenganchar la ropa y, mientras abría las horquillas para liberar la pieza, alcanzó a sentir su llegada. Un viento repentino le escupió las primeras gotas y arremetió la tormenta, mojándola como si lanzara baldes de agua. De una vez la empapó y fue tan violento el azote que no pudo moverse con facilidad. Del cielo había salido una cola de tornado, escamas y ojos de pez que la miraban. Un gigante robusto con barbas arrastradas hasta el suelo como una cascada.

No lo puede creer. Sale de la nube un tridente que la bestia engancha en la enagua a medio secar, la misma que ella despegaba de un gancho. Parece que se disputan la enagua, pero gana el gigante. La mujer se eleva en el humo que empieza a salir por su piel y viaja en el aire descalza, sin dolores y sin reumas. La luz se instala por un momento en su cuerpo derretido.

Oscureció rápido y las gallinas del patio recordaron el último eclipse de sol, porque se ordenaron en posición de empollar y de inmediato cayeron dos huevos. En el tendedero quedó una enagua agujereada.

EYRA HARBAR. *Bocas del Toro*, Panamá, 1972. Libros publicados en poesía: *Donde habita el escarabajo* y *Espejos*. PREMIOS: Primer Premio en los Concursos Nacionales de Poesía: "Gustavo Batista Cedeño" (2002), V Concurso Literario Nacional "Demetrio Herrera Sevillano" (1996), XV Concurso Literario Nacional del Instituto Panameño de Estudios Laborales, sección poesía "Esther María Osses" (1995). Parte de su trabajo se encuentra recogido en las antologías: *Trilogía poética de la mujeres en Hispanoamérica: Pícaras, místicas y rebeldes* (México, 2004), *Construyamos un puente, 31 poetas panameños nacidos entre 1957 y 1983* (UTP, Panamá, 2003).

POR VÍCTOR PAZ

3 minicuentos

Amor adulto

Nadie observó que su puerta no llevaba seguro. Había estado circunspecto; no era para menos, sus cavilaciones eran más tenebrosas que la misma carretera. Cerro arriba, bordeando un precipicio, la losa se fracturaba y levantaba en varios puntos. A medida que subían la niebla se espesaba, estrechando aún más el camino que daba dos sentidos a la anchura de un auto. Con las halógenas dañadas, casi se volvía certeza la

posibilidad de impactar de frente a otro vehículo. El viento en fuerte oposición y el ruido del motor ensordecían a todos los pasajeros. Era una misión difícil, aún para quienes recorrían el mismo sendero dos veces al mes, llevando y trayendo presos. Me refiero más específicamente a tres de sus ocupantes, tres policías. No así al cuarto de ellos, el reo, que abrió la puerta y se aventó al vacío.

La conoció una tarde de verano, caminando hacia el restaurante donde solía almorzar. Ella venía, él iba. En seguida el amor despuntó en proporciones metafísicas. Con sólo una mirada, él la hizo morderse los labios, acomodarse el cabello detrás de la oreja y remojarse la vista en deseo, un deseo impropio al uniforme y lo que decía en la insignia: "Ciencia, rectitud y arte". Lo demás cuajó con las ganas sobre el tiempo.

—Natalia, él tiene algo que me mata...

Daban las siete de la mañana. Ambas amigas, hasta entonces inseparables, esperaban el timbre de entrada a clases.

—El que te va a matar es tu papá, cuando sepa.

Isabel le torció los ojos, apretándose al pecho la bolsa de útiles medio vacía; total... ¿Para qué llevar libros y cuadernos a la escuela cuando se está en eso? Cerró los ojos abrazando la esperanza diaria, que pronto se materializó en el sonido de una bocina.

—¡Es él! ¡Es su carro!

—No vayas, mira que tu papá...

—Amiga, esto es más que yo ¿Ahora qué puedo hacer?

—Mañana te trasladan.

—Así me dijeron.

—Sonará estúpido pero... ¿Estás bien?

—¿Qué tú crees?

—Debe ser difícil, no quisiera...

—Mejor déjalo así

—¿Te puedo ayudar en algo más?

—No, como abogado ya hiciste lo que pudiste.

Guardó silencio por un rato, un lapso protocolar que se le hizo infinito. El cuarto de visitas era oscuro y húmedo. A los dos hombres los separaba una maya de doble alambre reforzado sobre un muro de 150 centímetros. Eran cuatro sillas en fila, las otras tres estaban vacías. Dos guardias se escondían en la sombra de ambas esquinas, al asecho de lo que fuera.

—De verdad, Emilio: Ya hiciste suficiente. Gracias, muchas gracias por todo.

—Al final de cuentas nadie supo la intencionalidad del acto. Ni siquiera el jurado que lo declaró culpable, mucho menos el juez que le dio sentencia máxima.

Hubo peritos en balística, siquiatras, abogados, muchos periodistas y no menos detectives. Demasiada gente en el juicio, para la cantidad de involucrados: tres personas, dos hombres y una joven. El agresor no quiso hablar, pero el sobreviviente conmovió a todos con su testimonio:

—“Me despertaron los balazos. Me tiré de la cama y me escondí abajo. No pensaba en otra cosa que en vivir y me olvidé de todo lo demás. De pronto no oí más nada. Luego toda la gente del hotel gritando, la policía llegando. Le gritaban que se quedara quieto; él nunca habló, ni hizo bulla. Hasta que me sacaron de allá abajo. Allí fue cuando...” en ese momento el individuo, bastante adulto por cierto, rompió a llorar como cualquier criatura de no más de diez años. Le dieron agua, el juez le preguntó si quería descansar un rato, pero él prefirió continuar: “Allí fue cuando la vi. Muerta, llena de sangre en la cama”

Una vez dicho esto, quiso abalanzarse sobre el sindicado pero los guardias lo detuvieron. Sólo pudo gritarle, repetidas veces: “¿Cómo pudiste hacerlo? Era tu hija, loco infeliz, era tu hija, era tu hija”

—Buenas noches

—¡Dígame!

—¿Señor Domínguez?

—Sí, dígame.

—Su hija ya no está yendo a la escuela...Ella se mete en el hotel...con un tipo...a las...

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere? ¿Qué le pasa?

—¿Yo?... ¿Quién soy?...sólo soy su amiga...

—Yo no tengo amigas ¿Por qué? ¿Qué carajo?

—Sí. Usted no tiene amigas, pero...

Ellos y sus fantasmas

Corría de una forma visceral que Olga no le dejara la toalla colgando del gancho en el baño. Eso entre otro montón de aspectos, como por ejemplo, que interrumpiera el desahogo de sus necesidades, discutiéndole tonterías al otro lado de la puerta del retrete. Pero se amaban, o por lo menos eso creían, de una forma que sólo se descubre pasando los veinte años de concubinato y dieciocho de acaloradas pendencias. Un amor de subsistencia social, porque delante de todos constituían la pareja perfecta, aunque a lo interno del hogar sólo eran ellos y sus fantasmas.

Aquella noche Maribel estaba en la sala cuando Sandro salió desnudo del baño y fue directo al mueble, buscando la toalla que Olga no le había dejado colgando del gancho en el baño. Absolutamente de la nada, aquel enorme y

pesadísimo portarretratos doble, de vidrio, que siempre consideró tan ridículo, se precipitó del primer nivel golpeándole fuertemente la cabeza. Era un obsequio que les hizo su suegra cuando Maribel le comentó lo que la gente decía de la casa donde estaban viviendo: “Atrae gente muerta”. “Claro, ¿qué casa de la época pre-republicana no los tiene?”, pensó Sandro al respecto “Dos pisos, hermosos balcones, enorme, restaurada a un precio increíblemente barato. Lo menos malo que puede tener son fantasmas”.

Cuando se dio por enterado, vio el portarretratos partido en dos partes pero las imágenes en el fondo, de Cristo y la Virgen del Sagrado Corazón, intactas. “Olga va a quererme muerto”, pensó antes de regresar al baño. Nada lo reconfortaba más que una buena ducha tibia, y esa vez el agua salió más cálida que de costumbre. Sintió que la vida ya no le pesaba, estaba más relajado que nunca. Pero el agrado le duró poco, cuando regresó a la habitación los descubrió: Olga y ese tipo, de nuevo.

—Te digo, me dolió más que se rompiera el portarretratos.

—¿Hace qué tiempo ya de eso? Todavía sigue abriendo la ducha y tirando las cosas al piso. ¿Será que no puede hacerlo de otra forma menos...?

—Samuel, recuerda que así fue como murió. El retrato le golpeó la sien.

—¿Será que sigue disgustado porque no intentaste salvarlo?

—¿Salvarlo yo?... Pero si ni siquiera me dejaba entrar a la alcoba cuando estaba en el baño.

Mejorar la letra

—Papá, papá... ¿Qué significa “Jodiste”?

—Esa es una palabra que los niños no deben decir. ¿A quién se la escuchaste?

—A mi mamá... enantito, jugando en el patio

—Hijo, eso no puede ser.

En seguida soltó el diario, colocándolo junto al café, sobre la pequeña mesa de centro. Metió la mano en uno de los bolsillos de la chaqueta y extrajo el celular. Buscaba el número del psicólogo pediatra que le facilitaron horas antes, durante la inhumación.

—Me dijo que te escribiera esta nota...

Estupefacto, Braulio desistió de llamar, colocó el teléfono junto al diario y el café. Tomó la nota que le extendía su hijo. Leyó. Encolerizado aplastó el papel con ambas manos y lo aventó al piso. Tomó el celular nuevamente, pero en esta ocasión marcó un número distinto al anterior.

—Norma ¡Tenemos que vernos ya!

Carlitos no entendió por qué su papá lucía tan repentinamente contrariado. "Este año mejoraré la letra..." pensó, y fue a buscar el papel para leerlo nuevamente:

"Braulio, te jodiste, el seguro lo dejé a nombre de mi mamá..."

VÍCTOR FRANCISCO PAZ (Diciembre de 1972). Ingeniero en Sistemas Computacionales egresado de la Universidad Tecnológica de Panamá, y Técnico en Administración de Redes Computacionales. Ha publicado artículos socio-políticos en la revista cultural *Panamá Vive*. Publicó cuentos en las compilaciones del profesor David Róbinson: *Para ser poeta se necesita* y *Del Oficio al arte*. Ha participado en seminarios y talleres de creación de cuentos del INAC, dictado por David Róbinson, y de la Universidad Latina, dictado por Enrique Jaramillo Levi. Obtuvo la Primera Mención Honorífica en el concurso de novela corta "Ramón H. Jurado" 2006, organizado por la Asociación de Escritores de Panamá, con el libro inédito *Agua de Vida*

POR ANA M. SALAZAR

Generoso

En San Judas de los Perdidos seguramente se inspiró el que muy sabiamente dijo "Pueblo chico, infierno grande". En este pueblo, tan lejos de toda armonía entre sus habitantes, la paz y la tranquilidad era un recuerdo remoto. Los habitantes preferían evitarse. Mientras más lejos las casas mejor, los hombres siempre estaban armados y hasta las mujeres huían del chismorreo para evitar broncas que por consiguiente traería un muerto nuevo. A los niños solamente se les permitía jugar entre sus hermanitos, que era lo más lógico porque rondaban diez pelaitos por familia. En los pocos comercios todo se tenía que pagar de contado, para hacer alguna diligencia pública había que irse al pueblo más cercano, el cual quedaba lejos, lejos, lejísimos.

La amistad era un concepto prácticamente inexistente. La ley del talión y los pases de factura eran una constante. La única forma de confiar en alguien era que fuera familia cercana y hasta entre ellos mismos tenían grandes disputas. No era raro encontrar en el río, cerca del pueblo, algún cuerpo flotando, así se saldaban las cuentas en este remoto pueblo. Era muy importante saber a qué atenerse y saber muy bien en dónde depositar la confianza. Lo que podría llamarse ermitaño en otro pueblo era la vida de los hombres que se que-

daban solos. Sin esposa, hijos, familia, no había forma posible de relacionarse sinceramente con alguien.

Generoso había llegado al pueblo hacía muchísimos años, cuando todavía existía gente buena. Al hombre que una vez llegó buscando una parcelita de tierra para asentarse con su esposa e hijos, ya no le quedaba familia. Le hacía honor a su nombre y esto le daba un aura diferente en comparación con las demás gentes del lugar. En los tiempos en que parece el diablo anda a sus anchas la bondad es tildada de locura.

Un día Generoso daba su paseo matutino cerca de su pequeña parcelita de tierra y encontró tirada, mal herida, una perra al borde del camino. Qué dolor para el hombre ver este animal tan noble molido a palos. Al poco rato se pudo percatar de que la perra estaba preñada. Sin más, la alzó y llevó a su chocita. La Mañanera, así la nombró, sólo pudo vivir lo suficiente para parir sus cachorritos: uno a uno fueron saliendo todos muertos, tremenda sorpresa se llevó Generoso cuando el último de la camada estaba vivo. Maltrecho, chiquito pero vivo. Saltos de alegría pegaba el viejo. Desde hacía mucho tiempo no tenía la compañía de ningún ser en su vivienda, nadie con quien hablar y compartir. Y la verdad no estaba de más tener un guardián y más ahora como estaban las cosas de peligrosas en el pueblo.

Los míseros reales que podía conseguir Generoso por la venta de lo que producía su parcelita los invertía en comprar alimento para su nuevo compañero. No le había puesto nombre todavía porque quería llamarlo de manera muy especial. De repente se acordó de una historia viejísima que por allí le habían contado y le puso por nombre Tristán.

El perro prescindía de estirpe pero tenía porte, agilidad e inteligencia. En compañeros inseparables se convirtieron Generoso y Tristán. Cualidades casi humanas tenía el animal: escuchaba con atención cada palabra de su dueño, también era muy obediente y había copiado todas las costumbres del viejo. Sentimientos tan profundos nos los había sentido Generoso desde que tenía a su familia viva. La perfecta armonía entre estos dos seres y la felicidad que reflejaban representaba motivo de envidia de los que por casualidad los habían visto juntos paseando por el campo. Más de uno quiso ver muertos al perro, al anciano o a los dos.

Generoso era muy cuidadoso con dejar tapadas todas las posibles salidas por donde Tristán podría escaparse. Y cuando salían a pasear siempre lo llevaba amarrado. El precavido vale por dos, se decía el octogenario, con tanto maluco andando por allí podía pasar cualquier cosa.



Un domingo que el pobre viejo se quedó dormido más de la cuenta, oyó en la distancia un disparo. Sus ojos se abrieron rápidamente y con expresión de horror estallaron en lágrimas. Un sudor frío le comenzó a recorrer

de la cabeza hasta cada una de sus extremidades. Con el susto reflejado en la cara buscó la presencia de su amigo, y no estaba. Notó que por un descuido había dejado un viejo hueco en la pared de la choza destapado y por allí seguramente se habría escabullido Tristán. Escuchó un segundo disparo. Su corazón comenzó a latir frenético, sus pies lo llevaron rápidamente al lugar de donde venían las detonaciones. No muy lejos de la choza yacía Tristán muerto.

Lo enterró debajo del árbol en donde solían descansar después de las largas caminatas que realizaban todas las tardes, cuántas veces el viejo vio el sol ocultarse en compañía de su fiel amigo. Preso de una profunda tristeza al poco tiempo murió Generoso.

En pocos días la gente borró de su memoria el recuerdo del anciano. Sin embargo, las apariciones de un viejito con un fiel can están vigentes en la mente de todos en el pueblo. Por eso evitan pasar cerca de lo que un día fueron los prados en donde ambos alegremente paseaban. Si la constante es evitar a los demás vecinos, es también saludable para la paz de la gente de San Juan de los Perdidos poner a distancia cualquier fenómeno extraño que los pueda sacar de su peculiar rutina.

ANA M. SALAZAR (Panamá 1977). Licenciada en Administración de Mercadeo y Publicidad. Postgrado en Alta Gerencia. Estudios en Contabilidad e Inglés. Miembro del Círculo de Lectura Guillermo Andreve y colaboradora del programa radial *Tertulia Literaria*. Talleres literarios: Taller de Orientación para futuros escritores de la Fundación Ojitos de Ángel. Diplomado de Creación Literaria, promoción 2009.

POR Roberto Cerrud Rodríguez

Noche de Taxi

Juan de Dios Delgado Cedeño, un joven de 26 años y tez indescriptible, mezcla de indio, cholo y negro, manejaba un taxi para complementar los ingresos de su hogar. Era policía y, mientras fue soltero, el escaso salario que le pagaban, en conjunto con las coimas que lograba extorcionarles a los conductores por infracciones menores a lo largo del día, bastaba para satisfacer sus necesidades, que no eran muchas, dado que vivía en uno de los numerosos y grises multifamiliares que existen en Ciudad de Panamá, construido durante el "Proceso" por el gobierno revolucionario, en el piso 13 del descascarillado edificio, cuyo ascensor sólo sirve para dar indicio de dónde quedan las escaleras y que todavía se sostiene en pie gracias a las oraciones de las 4 viudas que habitan en el segundo piso.

Un buen día (había hecho casi 50 dólares en coimas, ya estaba pensando en que, apenas terminara su turno, se compraría un *six pack* de cerveza para tomárselo en la cancha de juego de su multi) decidió parar un taxi que se había pasado una luz roja para, a éste sí, clavarle su boleta – "para que no se diga que lo único que hacemos es coimear", pensaba, riéndose con malicia en su fuero interno. Cuando se asomó a la ventana del conductor del taxi, se quedó de una sola pieza al observar como pasajera a una preciosa muchacha, peliteñida, cierto, pero blanquísima y con unas pestañas que eran capaces de enamorar al diablo. Mientras el taxista le decía las frases usuales para ver "cómo podemos arreglar este asunto, oficial", Juan de Dios le dio la vuelta al vehículo, se acercó a Diana (que así se llama aún, aunque ya no es una simple cajera) y, luego de intercambiar un par de frases, sonrisas y números de celular con ella, dejó ir al taxista sólo con una amonestación verbal (y para fortuna de ese chofer, con su bolsillo intacto) y se dirigió al Cuartel Central, pensando durante el camino cómo iba a hacer para levantarse al "paycito" que recién había conocido.

El cabo Juan de Dios Delgado Cedeño y Diana García Rodríguez se unieron (ni por lo civil, ni, menos aún, por lo religioso; simplemente se unieron) tres meses después y con una regla de retraso. Ambos eran jóvenes; él, un policía que apenas comenzaba a hacer carrera; ella, la cajera más novata de todo el banco, estudiando en la Universidad durante la noche, multiplicando el tiempo como Jesús los peces y el pan, en afán de un título que le diera la esperanza de, al menos, conseguir la permanencia. Sobra

decir que lo que faltaba en ese apartamento (si es que se puede llamar así a un cuarto en el que la sala, la lavandería, la cocina y el comedor están todos traslapados) era dinero, lo que obligó a Juan a buscar otras entradas, porque la subida en los precios del combustible había provocado que las víctimas usuales de su necesidad comenzaran a andar menos, lo que tenía como consecuencia menos oportunidades para obtener sus “entradas adicionales”. Fue por este motivo que decidió hablar con un tío suyo, un dirigente sindical que dizque luchaba por los pobres por un lado, mientras que por el otro les subía el pasaje a los 10 taxis y 4 buses que tenía, para que le permitiera servir de palanca en uno de los taxis de su propiedad, proposición a la que su tío, para sorpresa del mismo Juan de Dios, accedió sin poner trabas de ningún tipo – “tú sabes bien que tu mamá era mi hermana favorita, sobrino”, fue todo lo que le dijo antes de darle las llaves del Toyota Tercel del ‘96.

Juan de Dios y Diana luchaban día a día, sino por progresar, al menos por no caer más bajo. Ella, a pesar de su embarazo y de haber dado a luz a Juan Gabriel (Juan de Dios se arrepentía con toda su alma de haberle permitido a su mujer escoger el nombre de su primogénito – “namás falta que salga maricón”, se decía), al fin había logrado obtener su título en la Universidad y su jefe, un tico casi calvo, pero bien parecido, le había otorgado la permanencia. Juan de Dios, mientras tanto, trabajaba día (como policía) y noche (como taxista) para poder pagar las cuentas que, para su presupuesto, eran astronómicas. Nunca había pensado que tener un hijo iba a salir tan costoso y que, a sus 28 años y teniendo un tío legislador (su tío, el sindicalista, había sido electo como miembro de la Asamblea hacía ya casi un año), iba a pasar tanto páramo por este motivo. Resignado, pero al menos satisfecho de que su hijo, a pesar del nombre, no parecía dar señales de ser cueco (sólo jugaba con carritos que él le había comprado una vez que ganó la lotería, mientras que las muñecas de sus primitas sólo las tocaba para decapitarlas y reírse, usando las cabezas como pelotas), siguió manejando su taxi hasta la madrugada, momento en el cual regresaba a su casa, comía su almuerzo-cena (sólo comía 2 veces diarias, para permitirles a su mujer e hijo comer tres) y, si su mujer no estaba tan cansada, hacer el amor con ella, en silencio y despacio, para no despertar al niño.

Una de esas noches, mientras manejaba por una avenida, un hombre parado sobre una acera le hizo señas que parara. “¡Taxi!” le gritó el viejo, negro, con acento jamaicano y con pinta de ser cantante de calipso. Juan de Dios se arrimó al hombro de la carretera, casi trepándose en la acera donde estaba el viejo. “Lléveme al *Hamptons*, que tengo una presentación”. “Venga” le respondió Juan

de Dios, pensando que tal vez iba a poder desplumar al viejo cobrándole varias veces el pasaje normal; total, el acento que tenía evidenciaba que no era panameño y que no debía conocer las tarifas usuales. Comenzó a mover el vehículo, avanzando a través del pesado tráfico que atesta las calles de Panamá durante la noche. Comenzó el viejo a hablar de su vida y Juan, más pendiente de los carros que tenía adelante, atrás y a los lados, solo acertaba a asentir con la cabeza a todo lo que el viejo decía, sin prestarle mayor atención, hasta que comenzó a hablar de su infancia en ciudad de Colón y de cómo, buscando un mejor futuro, había emigrado a Río Abajo, junto con el resto de su familia, pocos años antes de terminar la secundaria (Carajo ya se me jodió la jugada, pensó en cuanto descubrió por qué el viejo hablaba con ese acento caribeño). Su historia se parecía mucho a la de su propio padre, que había emigrado también, hacía ya varias décadas, a buscar mejor futuro y “mejor mujer”, según él mismo decía en sus borracheras, en la capital. Mejor futuro encontró, puesto que llegó a ser oficial de la Guardia Nacional, antes de que muriera en un enfrentamiento a tiros con sus propios compañeros, producto de una de sus (bastante numerosas y usualmente violentas) borracheras, cuando se le ocurrió amenazar de muerte con una bayoneta a un oficial superior, que respondió a la amenaza vaciándole encima los 6 tiros de su revólver.

El viejo tosió, provocando que la mente de Juan de Dios volviera a estar en sincronía con su cuerpo y con el mundo que le rodeaba. Volteó brevemente a ver al viejo, pudiendo observar mejor su atuendo. Una camisa anchísima, que por sus dimensiones fácilmente podría haberle servido de sábana al viejo, envolvía un cuerpo enjuto. De las mangas de la camisa salían unos brazos de piel negra, negrísima, que se iluminaban de un color naranja surrealista cada vez que pasaban por debajo de uno de los faroles de sodio de la ciudad durante la noche. Juan se dio cuenta que ya iban llegando a su destino y procedió a calcular el precio que le cobraría al viejo, pero antes que pudiera terminar de pensar, el viejo ya había sacado un billete de 10 dólares (carajo, ¿ahora cómo hago para darle cambio de esta vaina al viejo?) y adelantándose a la reacción del conductor le dijo, “Hijo, no te preocupes, quédate con el vuelto”, dando por zanjado el asunto, justo en el momento en que el taxi se detenía frente al lobby principal del hotel, donde, al parecer, ya esperaba al viejo un grupo de músicos, igual de viejos que él, todos vestidos con la misma indumentaria y con los instrumentos colocados encima de los carritos portamaletas de los botones. El viejo se bajó, saludó a sus compañeros, y se despidió de Juan, quien sólo en aquel momento le vio la cara, arrugada pero alegre, y los ojos,

que tenían un brillo de vitalidad que le dejaron sorprendido y pensativo.

Juan presionó el acelerador y se alejó de tan excéntrico grupo, reenfoándose en su tarea: encontrar pasajeros, que fueran carreras fáciles y que tuvieran cara de pendejos, para poder cobrarles más de la cuenta. Avanzó un par de cuadras y vio a un grupo de mochileros, que, además de poseer (en apariencia) todas las características descritas, tenían una que a esa hora ya no pensaba encontrar: eran extranjeros y, por lo tanto, explotables (Ajá, ahora sí me ganó el gordito). Paró frente al grupo, dos hombres y una hembra (Cristo, ¡qué cuerpo!, murmuró para sí Juan), todos con un olor a tabaco exagerado y, debajo del mismo, un ligero vaho a marihuana que Juan de Dios, como policía acostumbrado ya a reconocer el olor a “incienso”, detectó de inmediato. –Carajo, estuviera de uniforme les hubiera podido sacar una buena... multa-, pensó, aunque esta vez se rió en voz alta, algo que desconcertó al trío de extranjeros que ya había entrado al taxi.

Habló la hembra: –Llévenos al Casino por favor- dijo, con un doble acento: español con acento castellano y, encima, las erres exageradas del que habla inglés como primer idioma. Juan de Dios era hábil y aprovechó que la hembra había hablado (a lo mejor estos dos gringos pendejos no hablan un carajo de español) para trabar conversación con ella: que qué iban a hacer tan tarde a un casino (hacía 6 horas habían llegado a Panamá y sólo estarían 3 días), que en cuál hotel estaban (no habían encontrado alojamiento todavía, no querían hospedarse en hoteles porque deseaban experimentar algo “auténtico”), que si alguno de los dos gringos hablaba español (no, sólo ella; su hermano hablaba inglés y francés), que si había decidido viajar para acompañar a su novio o a su hermano (la hembra rió con una risa que recordaba el ruido que hace el agua al caer de una fuente; acompañaba a su hermano y al novio de su hermano a conocer Latinoamérica, ya que estaban celebrando estar recién casados en el estado de California), que si ya tenían planeado dar un *tour* por la ciudad (no, no habían planeado nada, y con el escaso tiempo que tenían de haber llegado y la poca investigación que hicieron antes de viajar a Panamá, no sabían ni siquiera qué ver).

Juan de Dios aprovechó de nuevo la coyuntura (la hembra viajaba con 2 maricones y no sabía ni qué podía visitar en la ciudad) para ofrecerle sus servicios de guía turístico al día siguiente (Dios mío voy a tener que irme al internet café de la tía a ver qué diablos encuentro como sitio turístico, pensó, mientras se arrepentía profundamente de no haber estudiado nunca Historia ni Geografía mientras estuvo en la secundaria), y le prometió darle un

baño de pueblo, una experiencia más panameña que el chicheme y el sancocho, para que no se les olvidara nunca cómo era Panamá, dijo, mientras miraba con picardía a la hembra, que estaba sentada al lado suyo. La hembra, al no tener ánimos de ponerse a buscar otras opciones y al ver que Juan de Dios en verdad no estaba mal para entretenerse un rato (*you never really get to know a country until you sleep with one of it's men*, llegó a escribir una vez en su blog) le pidió su número telefónico y le dijo que lo llamaría desde el teléfono satelital que traía oculto dentro de su maleta, advirtiéndole al taxista que lo último que ella solía hacer en un país extranjero era dormir, así que estuviera dispuesto a buscarlos a la hora en que se le llamara.

Juan de Dios no puso objeción alguna, puesto que su instinto lo convencía cada vez más de que iba a conseguir algo más que dinero de aquel encuentro. Al fin, llegaron al Casino. Juan de Dios les cobró 25 dólares por un trayecto de menos de 15 minutos, alegando lo tarde que era, la gringa dirigió un par de palabras en inglés a los dos pasajeros del asiento de atrás (*Dudes, gimme 25 bucks to pay for the taxi fare*) que Juan no entendió, y uno de los gringos, el que tenía los rasgos más parecidos a la hembra (aunque se notaba que se acicalaba más que ésta) le dio la plata en billetes de a 5. La gringa le agradeció al taxista, mientras que los gringos se bajaron sin mediar palabra y, una vez fuera, el hermano de la hembra agarró al otro por la cintura y se fueron caminando hasta la entrada del casino, mientras que la hembra le recordaba a Juan de Dios los términos en que habían quedado – A cualquier hora, no te preocupes – le respondió a la gringa, quedando ésta satisfecha.

Volvió a acelerar el Tercel, se metió a una Texaco a que le despacharan 5 dólares de combustible (qué gasolineras más hijas de puta, cómo tienen de alto el precio de la gasolina) y, mientras que le despachaban, sonó su celular. Juan de Dios, emocionado porque pensaba que podía ser la hembra, contestó sin fijarse quién era el que efectivamente llamaba, por lo que respondió, en el tono más amable y condescendiente del que era capaz, – Sí, muy buenas noches- a lo que una voz masculina, familiar y gruñona, le respondió –Juan no me digas que para salir de la pobreza te metiste a maricón; ¡habla como hombre!- El que le respondió de esa manera no era más que su superior inmediato en la Policía Nacional, un hombre que, a pesar de todas las penurias que pasaba (su mujer lo había dejado, abandonándolo no sólo a él, sino a sus 3 hijos, y tenía que hacer magia para poder mantenerlos y criarlos a todos), nunca había aceptado un soborno de nadie, por lo que todo el resto de los guardias sentían por él tal mezcla de temor, admiración y respeto, que le obedecían en todo lo que dijera y le aceptaban todos los maltratos verbales

que se le ocurriera darles; aunque esta misma honradez lo había condenado a no ser considerado jamás para un ascenso, ya que los jefazos sabían que Miguel, que así se llamaba, conocía todas las porquerías en las que estaban envueltos (Juan sabía con certeza, porque una vez escuchó a uno de los jefazos decirlo luego de una reunión con un "empresario", que Miguel seguía viendo la luz del sol gracias a que era el único sustento de sus hijos). Resulta que Miguel llamaba a Juan para avisarle que estuviera precavido: habían detectado que hacían falta un par de uniformes de fatiga y varias placas de policía, por lo que le avisaba que estuviera al tanto de cualquier guardia en actitud sospechosa que viera por la calle y que, en caso de encontrar a alguien así, le avisara a él personalmente. Juan de Dios estuvo de acuerdo y colgó la llamada; la noticia lo dejó algo preocupado, por lo que no se dio cuenta de que el despachador estaba al lado de su ventana, esperando los 5 dólares.

Se los entregó, arrancó el taxi y luego de permanecer un buen rato dando vueltas y haciendo carreras pendejas, decidió dirigirse a su apartamento. Quería ver a Juan Gabriel, su hijo (qué nombre más jodido carajo, cuando crezca lo voy a acostumbrar a que le digan Gabo)... y de paso ver a su mujer, que a esa hora debía estar durmiendo (miró el reloj y vio que ya iban a ser las 3:00 de la mañana; no, a esta hora debe estar dándole pecho al niño). Después de un viaje de menos de 10 minutos llegó a su casa, puesto que las verdaderas (minúsculas) dimensiones de la metrópoli se hacían evidentes cuando no había tráfico. Entró a los estacionamientos, apagó su Tercel, y se dirigió hacia el decimotercer piso de la torre donde vivían, hacinados, él, su mujer y su hijo. Luego de haber ascendido rápidamente todas las escaleras y de haber sentido en el trayecto, al menos unas tres veces, un olor penetrante a marihuana, llegó a la puerta de su apartamento, buscó la llave dentro del bolsillo de su pantalón y... mierda, no la encontró. La había dejado seguramente en la guantera del carro, donde acostumbraba a sacarse de los bolsillos todo aquello que le molestara para manejar 10 horas seguidas.

Bajó las escaleras nuevamente (Dios mío esto cansa más que jugar un partido de fútbol tomando pintas), llegó a su carro, rebuscó en la guantera, vio que estaban sus llaves, las sacó y comenzó el camino de vuelta. Vio tres figuras oscuras paradas en una de las esquinas menos iluminadas de la cancha de su multifamiliar; lo único que se veía brillar era los cigarrillos que, al parecer, fumaban los tres. Juan se sintió observado, por lo que comenzó a caminar más lentamente para disimular su nerviosismo. Estaba seguro que no los había visto momentos antes; además, éstos le parecían algo distintos a los maleantes que cohabitaban

en su edificio. Aquellos tenían un "pacto de caballeros" con él: no se metían ni con su familia, ni con él, a cambio de que Juan ignorara su comercio, algo que ambas partes cumplían a cabalidad. Pero éstos eran distintos: a pesar de estar cubiertos en la sombra, no paraban de hablar, por lo que alcanzó a escuchar que uno de ellos tenía acento extranjero.

Los 30 metros que había entre su carro y la entrada al edificio se transformaron en millas. Juan estaba seguro, segurísimo, que lo miraban. Comenzó a sudar frío – estaba desarmado- y trató de mirar hacia la puerta, sin desviar la mirada a ningún lado. Los hombres se callaron. Ya estaba casi bajo el dintel cuando desvió la mirada un poco hacia donde estaban las figuras oscuras. Los tres vestían trajes de fatiga. Juan peló los ojos de la impresión, aunque regresó a su expresión dizque adormilada tan rápido que ninguna de las figuras oscuras se dio cuenta del cambio en su expresión.

Subió las escaleras, como alma que lleva el diablo, sintiendo casi que flotaba. Llegó al piso 13, abrió la puerta de su apartamento, entró, trancó la puerta por dentro y se dirigió a donde se encontraban Diana y su hijo. Ambos dormían profundamente, por lo que decidió no llamarlos; sacó la plata que ganó esa noche y la puso debajo de la casita de música que guardaba las escasas prendas de su mujer, buscó su .38 de reglamento, una 9mm que había adquirido en un allanamiento, y su placa. Desbloqueó la cerradura de la puerta, sin abrirla, colocándose detrás de ella. Respiró profundamente, intentando contar hasta diez. Uno (que no le pase nada ni a mi mujer ni a mi hijo). Dos (que no me vaya a morir hoy, Dios mío). Tres (que el cabrón de Miguel responda las llamadas perdidas que le estoy dejando). Cuatro (que no se le ocurra a nadie asomarse a ninguna ventana). Cinco – sonó su celular; un número desconocido lo llamaba (¿será que Miguel me llama de otra línea?)- Contestó y era la hembra. Sonaba algo (¿ebria?) rara y mezclaba el español, el inglés y la risa de una manera tal, que resultaba imposible comprenderla. Jesús le cerró la llamada. Inmediatamente sonó, de nuevo, el celular; contestó, esta vez era Miguel. –Hombre ¿acaso son éstas horas de estar llamando? –dijo, tratando de fingir enojo –No seas payaso Migue, que tú estás de turno hoy y no sales sino hasta las seis de la mañana.- Miguel soltó una carcajada capaz de hacer llorar a un niño y le preguntó a Juan de Dios qué pasaba; éste le dijo que había visto tres sospechosos con uniformes de fatiga de la Policía en la cancha de su multifamiliar, a lo que Miguel sólo acertó a responder que los siguiera, que no los perdiera de vista y que lo mantuviera informado.

Juan de Dios abrió la puerta, la cerró al salir y metió la

llave por el minúsculo espacio que quedaba entre el piso y la parte inferior de la puerta (ni aunque me maten entran a mi casa). Bajó, lentamente, hasta la planta baja, 9mm en mano, atento al más mínimo ruido que llegara a delatar la presencia de las figuras oscuras. Se asomó por la puerta que daba al patio comunal y a la cancha, pero no vio a nadie; las figuras se habían ido. Llamó a Miguel –¡Se me perdieron los hijos de puta, Miguel!- -Dios del verbo Juan, ¿tu cuándo carajo vas a hacer bien tu trabajo?- Miguel, cabreado, le colgó la llamada sin permitirle responder. Juan sentía que el corazón le palpitaba fuertemente, por el miedo y por la rabia de verse regañado por Miguel. Miró su celular y vio que sonaba el mismo número desconocido (el de la hembra). Contestó; la hembra volvió a responderle con la misma jerigonza, pero esta vez sí le comprendió (más o menos) lo que decía: que los pasara a buscar al mismo Casino donde los había dejado un par de horas atrás.

Juan de Dios se acomodó al cinturón ambas armas, se metió al carro (se sentía nervioso y observado) y prendió el motor. Pensó en que ni siquiera había tenido tiempo de ver despierta a su mujer, mientras miraba el reloj digital de su carro: las 4:15 de la mañana. En menos de dos horas su mujer se despertaría para bañarse, vestirse y dirigirse al banco donde trabajaba; esperaba estar de regreso antes de que despertara, para poder, aunque fuera, dormir junto a ella unos minutos. Arrancó el Tercel y se dirigió, a toda marcha, al casino. Llegó allí casi sin darse cuenta y vio que afuera estaban los dos tortolitos (es decir, el hermano de la hembra y su novio) regados en el piso de la acera por la borrachera y que la hembra intentaba comunicarse en inglés con un policía de turismo que estaba por el área, enseñándole su pasaporte. El policía, que no sabía cómo darle a entender a la hembra que lo único que de verdad le interesaba era que le dieran unos 100 dólares por la molestia de haber acabado con la inercia de su ronda, estaba comenzando a frustrarse y a pensar en que tal vez a estos gringos (eran blancos y rubios; para él, no importaba qué idioma hablaran, todo lo blanco y rubio era gringo) si merecía la pena enceparlos por un rato. Juan de Dios, viendo que su plata y su entretenimiento estaban en peligro de ser llevados a la subestación más cercana, se bajó, habló con el policía de turismo (ambos se conocían, pues habían estudiado al mismo tiempo en la Academia), mientras la hembra daba manotazos con su pasaporte (qué carajo habrán cogido estos, pensó Juan de Dios), como si estuviera espantando moscas. El policía de turismo, al ver que Juan de Dios se haría cargo de ellos, se fue, triste porque no había podido sacar nada bueno de aquella interrupción.

Juan ayudó a levantarse a los tórtolos, los echó como pudo en el asiento de atrás, y después agarró a la hem-

bra por los hombros, tratando de calmarla para que dejara de manotear su pasaporte, hasta que logró sentarla en el asiento de adelante. Cerradas las puertas de sus pasajeros, se montó en el carro y comenzó a hablar con la hembra: que cómo había estado la noche, que si habían ganado en el casino, que si estaba bien o estaba mareada. La hembra respondía como mejor podía, mezclando idiomas y riéndose sin motivo. Juan vio que ella aún no había guardado su pasaporte, así que se lo tomó de las manos (ella lo miró algo sorprendida; no pensaba que él fuera a hacer eso) y vio que era un pasaporte diplomático. Se lo devolvió y arrancó el auto.

Siguió conversando con la hembra hasta que ésta, de repente, se quedó en silencio. Juan de Dios, como iba tratando de concentrarse para manejar y, a decir verdad, casi desmayándose por el sueño, no se dio cuenta que la hembra estaba mirándolo fijamente. No fue sino hasta que llegó a un semáforo, cuando volteó a ver si se había quedado dormida, que vio sus ojos azules viéndolo con un deseo que le quitó, en un instante, todo el sueño que cargaba encima. La hembra se le abalanzó encima, besándolo (¡Dios mío pero qué suerte tengo!). Juan le correspondió y, si no hubieran estado parados en un semáforo, allí mismo hubiera seguido hasta el final. Odiando a muerte haber tenido que parar en un semáforo, una vez éste cambió a verde, dejó de besar y manosear a la hembra (aunque ésta no dejó de manosearlo a él) y dirigió su vehículo, lo más rápidamente posible, hasta un parque de estacionamientos de un centro comercial cercano que, a esa hora, estaba desierto. Una vez llegó ahí, detuvo el motor del vehículo y siguió disfrutando de esa extranjera, que tan fácilmente le había llegado (me salió más barata de lo que pensaba, pensó, mientras reía por dentro al pensar la envidia que iba a despertar una vez le contara su aventurilla a sus amigos). Cuando ya tenía una de sus manos dentro de la blusa de la hembra y la otra bajaba lentamente por su espalda, tuvo una sensación extraña. Alguien los miraba. (*What are you doing? Don't stop now, come on!*).

Alguien golpeó la ventana de su puerta. Él y la hembra se asustaron; ella se acomodó la blusa (que ya estaba a punto de dejar en libertad a sus pechos) y él miró hacia la ventana. Tres policías rodeaban el vehículo –Ciudadano, cédula y licencia.- (Algo aquí anda raro; a esta hora, en este lugar, con uniformes... ¿de fatiga?)- Juan sintió un vacío en su estómago. –Ciudadano, cédula y licencia de la señorita- Antes de que Juan de Dios pudiera decir algo, inventar algo, reaccionar de algún modo, ya la hembra le estaba pasando su pasaporte diplomático al hombre vestido de policía. Juan de Dios estuvo seguro, en aquel instante, que su suerte estaba echada. Esos hombres eran

las figuras oscuras y lo habían estado siguiendo desde que recogió a la hembra y a los tórtolos la primera vez... -Este mismo es el paquete- dijo uno de los hombres, con acento extranjero, al ver el pasaporte diplomático de la hembra. -Ciudadanos, salgan del vehículo- dijo el tercer hombre, mientras se colocaba al lado de la puerta de la hembra. Estaban rodeados.

—Bueno oficiales – dijo Juan mientras se bajaba del vehículo, tratando de fingir calma- al menos díganos por qué nos detienen, si todos nuestros papeles están en regla- La hembra ya había detectado que algo no andaba bien, al ver la reacción de Juan cuando vio a los hombres uniformados, y sintió miedo. Era hija de un embajador, por lo que, a pesar de que apenas tenía 18 años, ya conocía bastante el mundo y eso la había vuelto precavida, todo lo contrario a su hermano, que, entre más viajaba, más descuidado se volvía. Miró que Juan y los hombres discutían rápidamente; por lo nerviosa que estaba, era incapaz de entender qué decían. Pero sí se dio cuenta de que Juan llevaba una pistola, que sobresalía por la parte de atrás del pantalón. Asustada, pensó que él estaba en contubernio con los hombres uniformados y allí fue donde el miedo se transformó en pánico.

Abrió la puerta del carro y salió corriendo; el hombre uniformado que estaba de ese lado del vehículo se asustó; era la primera vez que trabajaba “recogiendo un paquete”, y estaba nervioso, así que sacó su arma, apuntó rápidamente y disparó 4 veces en dirección de la hembra; Juan volteó la cabeza y la vio caer, como un copo de nieve, sobre el pavimento. Reaccionando, sacó su .38 y disparó 3 veces sobre el hombre uniformado más cercano, tumbándolo de espaldas en el suelo del estacionamiento. El hombre con acento, que estaba un poco más atrás que el que acababa de caer, sacó su 9mm y disparó, acertando uno de sus disparos sobre Juan, antes de ser, aparentemente, abatido por las 2 balas que le quedaban a la .38 de éste. Juan sintió un dolor punzante, terrible, como si una varilla de acero al rojo vivo le hubiera sido clavada en el flanco izquierdo de su abdomen.

Trató de recostarse sobre su carro, pero sólo logró disminuir la velocidad de su caída. Ya había visto las consecuencias de una herida como la que había sufrido: siempre el herido moría por desangramiento. Miró por debajo del vehículo, tratando de ver si la hembra, boca abajo sobre el pavimento, daba señales de vida (Dios mío que se mueva, que grite, que haga algo, pero, por favor, que no se vaya a morir esta mujer aquí esta noche, y que no me vayan a matar a mí tampoco). Escuchó los pasos del hombre uniformado que seguía en pie. Se acercaban, y él ya había gastado los cinco tiros de su .38; su única esperanza era la

9mm, que nunca antes había disparado. El hombre ileso se paró de espaldas frente a donde estaba Juan, que se mantenía sentado en el suelo, quieto, en silencio, encharcado en su sangre y en la del primer hombre uniformado, al que disparó los 4 tiros. Cuando el hombre ileso se volteó, dirigiéndose hacia él, rápidamente se sacó la 9mm de la parte de atrás del cinturón, apuntó hacia la cabeza del hombre, apretó el gatillo... y no pasó nada; el arma se había trancado por falta de uso. Lo último que Juan vio fue el destello que hizo el arma del hombre ileso al ser disparada.

El hombre ileso, luego de haber visto su vida pasar ante sus ojos, por culpa del susto que le hizo pasar Juan de Dios, se acercó al cuerpo del hombre con acento; había sido herido, pero sólo superficialmente. El chaleco antibalas había detenido la bala que hubiera sido letal, mientras que la última bala de la .38 sólo le había rozado la parte interna del muslo. Lo ayudó a levantarse, mientras le preguntaba que harían ahora que todo había salido tan mal; el hombre con acento respondió que lo único que restaba era avisarle al cliente que encargó recoger el paquete que había resultado imposible el encargo, a lo que el ileso preguntó que quién había sido el cliente. Antes de que el ileso y el hombre con acento pudieran seguir la conversación, salió del vehículo el novio del hermano de la hembra.

—Señor, discúlpenos, pero ya ve usted que no fue por impericia nuestra que no logramos el encargo- le dijo el hombre con acento. -Tranquilos- les respondió éste, con el mismo acento que el primer hombre-, todavía tenemos a su hermano y su familia no sabe que ella está muerta. Acomoden al nuevo paquete y desháganse del cuerpo de la mujer- dijo, mientras encendía un cigarrillo. -¿Qué hacemos con el taxista?- preguntó el hombre ileso.

—Nada; que se pudra.

ROBERTO CHRISTIAN CERRUD RODRÍGUEZ nació el 13 de mayo de 1987 en Ciudad de Panamá. Es egresado del Instituto Panamericano, y actualmente cursa el VIII semestre de Medicina en la Facultad de Ciencias de la Salud Dr. William C. Gorgas de la Universidad Latina de Panamá. Ha publicado artículos en el diario La Prensa.

Misterio resuelto

Todos corrían hacia una misma dirección, la playa. La algarabía se tornaba más confusa a medida que las personas bajaban por las estrechas callejuelas que convergían en la plaza frente a la iglesia, algunos esperaban en la puerta a que el cura saliera, pero era martes y el sacerdote sólo estaba disponible para la misa los domingos, las fiestas de la Virgen Del Carmen la patrona y para Semana Santa.

—¡Hay que llamar a las Siervas Carmelitas! —gritó alguien — ¡Ellas sabrán que hacer!

Ésta fue una de las muchas soluciones que se propusieron ése día.

Algunos preferían una opinión más racional y acudieron ante el juez Manuel Peñuela, hombre de gran sapiencia, encargado de dirimir todos los conflictos suscitados en el pueblo. Se encargaba además de los discursos solemnes en sepelios, en las fiestas patrias, cuando algún político se dignaba venir por estas tierras, pero lo que más disfrutaba, era leer la palabra en las novenas de la patrona del pueblo.

Aquellos hombres que toda su vida se habían relacionado con el mar, ya sea como pescadores, capitanes de embarcaciones pesqueras o marinos en barcos atuneros, también fueron convocados. Para muchos, éstos eran realmente los conocedores del tema, por tanto los únicos idóneos para opinar.

Los pobladores estaban acostumbrados a sus simples rutinas; las mujeres en los quehaceres domésticos, en un chismorreo fraternal, el cual servía de vehículo para ponerse al día en todo, organizar las actividades de la iglesia, contar lo que habían soñado la noche anterior, con su respectiva interpretación y el número que jugaba el sueño. Los niños y los adolescentes no se estaban quietos, siempre encontraban qué hacer para aniquilar el tiempo, procurando por todos los medios no permitirse vivir dos días iguales, ha de ser algo propio de aquellos que están empezando a vivir. Por su parte los hombres se dedicaban a diferentes tareas, algunos la histórica pesca. Salían muy temprano en la mañana en sus pequeños botes, mar afuera a pescar, otras cultivaban las laderas de la isla con piñas, maíz, yuca y guandú. Unos pocos se dedicaban a reparar de todo, desde el muelle, la flota hasta botes y balcones.

Nadie sabía cuánto tiempo estuvieron fieles a esa rutina, lo que sí recuerdan fue el día que la rutina se interrumpió.

Eran las seis de la mañana de un martes, la marea estuvo en su punto más alto a las doce media noche y la resaca había dejado en la orilla de la playa desechos provenientes del mar: restos de palos, pencas, un remo y pedazos de redes. En la mañana los pescadores se disponían a embarcarse en sus botes cuando en el escombros algo les llamó la atención. Mario *Culebra*, el más experimentado de los pescadores, se acercó, empezó a quitar las ramas y basura que lo cubría. Parecía un ballenato despellejado, una masa blancuzca y deforme. Con ayuda de sus compañeros de pesca y unos palos trataron de darle la vuelta. — ¡Es necesario voltearlo para ver si tiene cara y saber qué es! — gritó Chendén con desesperación — ¡Esto no hay forma de moverlo! — se resignó Mario *Culebra*.

No tardó la noticia del hallazgo en difundirse por todos los callejones y laderas habitadas, iniciándose así la gran conmoción que suspendió abruptamente la curtida rutina de los isleños. Aurorita, la más vieja de las Siervas Carmelitas, tomó la palabra y dijo — Nuestra patrona es la Virgen del Carmen, a ella nos debemos y éste es un claro mensaje de su disgusto por la falta de devoción, por parte de todos ustedes — dirigiéndose a todos los presentes.

Doña Ester, una mujer vieja que nunca había salido de la isla dijo en tono misterioso:

— ¡Ése es el cuerpo maltrecho de Julio Pizarro, una madrugada salió a pescar y nunca más volvió, de eso hace varios años! En aquellos días — prosiguió diciendo — sólo llegaron a la orilla el bote y un remo. Quizás sí, Nuestra señora del Carmen lo rescató de las aguas y lo ha devuelto para que se le dé cristiana sepultura.

— Eso no es un hombre! — grito un chiquillo — a lo que doña Ester muy convencida respondió: — ¡Claro que sí, los cuerpos en el agua se hinchan y agigantan, y si es agua de sal, la piel se pone blanca y babosa!

Fue en ese momento cuando intervino el juez Manuel Peñuela, abriéndose paso entre la gente. — ¡Permiso, permiso — decía — permítanme acercarme a la infortunada criatura! La edad no le permitía inclinarse para ver de cerca la grotesca aberración, y la aglomeración era tal que disminuía su campo de observación. Con una parsimonia propia de su oficio, solicitó a todos los presentes se retiraran por lo menos un metro del objeto para poder examinarlo y dar su opinión. Los conocimientos que poseía el juez, los había adquirido muchos años atrás y se actualizaba escuchando la radio y leyendo periódicos

que llegaba a sus manos con mucho tiempo de retraso.

Observó largo rato, era imposible describir su forma antojadiza, provocada por la ausencia de componentes óseos y pidió a los hombres más fuertes que hicieran una palanca con palos y troncos para voltear el espécimen. Con gran esfuerzo lograron girar la masa, quedando al descubierto algunas estructuras que imposibilitaban su clasificación y origen, locuaz provocaba aún más la incertidumbre de los curiosos.

El ejemplar se encontraba cubierto con un gran manto fibroso pegado al cuerpo en forma de arandela, podía verse una gran masa muscular amorfa con una elevación sobresaliente en su parte central, además se podía observar pequeños brazos que circundaban una cavidad, que el juez y los pescadores estuvieron de acuerdo que debía ser la boca. Poseía unas estructuras como pliegues, vestigios probablemente de branquias, y así sucesivamente fueron descubriendo estructuras que acercaban el hallazgo a alguna criatura del mar.

Los pescadores empezaron a murmurar y alterarse:

— ¡Si éste es un animal que vino del mar, fue creado por el maligno!— dijo Mario *Culebra*. Otro pescador dijo: — ¡Yo he recorrido el mar y nunca vi criatura parecida y menos de ese tamaño!

Chico Salinas, marino de grandes experiencias en barcos atuneros dijo: — ¡En una ocasión atrapamos un calamar gigante, su forma es alargada con largos tentáculos, nada parecido a éste -refiriéndose al espécimen— pero quién quita que sea otro tipo de molusco gigante!

El juez dio por terminada su investigación, concluyendo que aquello no era más que una especie marina que había muerto, perdiendo probablemente parte de su estructura o cubierta y que la resaca la había traído a la playa, por tanto lo único que restaba era esperar que la nueva marea lo llevara al lugar de donde lo trajo. No todos quedaron conformes con la explicación, algunos querían creer que eran cosas de la virgen haciendo un llamado a los indiferentes para que se congregaran; otros, que eran los muertos que regresaban y otros menos trataron de encontrarle la quinta pata a ese gato. Todos muchachos jóvenes, que se esforzaban por romper la rutina y se negaban a que un día como ese terminara.

— ¿Por qué no descuartizamos ese animal y lo lanzamos en pedazos en el muelle? —preguntó uno.

— ¿Podrá comerse?— preguntó otro— ¡No, no, nada de eso! ¡Lo que debemos hacer es abrirlo como a una iguana, quizás tenga huevos o mejor dicho hi-

jos!— dijo el más avisado de todos.

La idea fue genial, esperaron que nadie se interesara por el adefesio, lo ataron a un árbol de almendra para que la marea no se lo llevara y esperaron la noche. Armados de cuchillos filosos se acercaron a la playa dispuestos a concluir con la larga jornada de emociones, bordearon su cuerpo tratando de adivinar cuál era el abdomen para hacer la incisión. Alumbrados sólo con la luz de la luna, el proponente de semejante aventura hizo un corte profundo y longitudinal al cuerpo del malogrado animal. Aquello fue espectacular: se desbordaron las vísceras junto con un líquido acuoso que a todos pringó.

— ¡Este animal murió de indigestión! ¿Quién puede comerse ésta cantidad de piedras y vivir?— dijo uno— sacando esferas brillantes y nacaradas de diversos tamaños del interior del animal. Fue un día que por mucho tiempo no se olvidó en la isla, el mismo día que se cumplió mi sueño de estudiar en la capital.

RUTH FERNÁNDEZ: Técnica en Radiología Médica; Licenciada en Derecho y Ciencia Política. Egresada del Diplomado en Creación Literaria 2009 de la U.T.P.

POR ROLANDO ARMUELLES VELARDE

Golpe de Suerte

Aunque llevábamos varios días sin comer, el viejo amaneció contento en el zaguán. Repitió varias veces que tendría un golpe de suerte, y sus ojos se iluminaron al mirar el billete de lotería que le había dado la señora gorda a la salida del teatro, cuando le cuidamos el carro la noche anterior. Aquel día se bañó con manguera y se puso una camisa que encontró en un tendedero. Dimos vueltas por el barrio, pasando por alto los tinacos que solíamos revolver en busca de desayuno. Hoy sería un día especial, decía en voz alta, mientras apretábamos el paso camino al mercado. Una vez allí, sacó unas monedas del bolsillo trasero de su desgastado pantalón. Sentí que soñaba cuando lo escuché pedir café, carimañolas y bistec de hígado. Intercambiamos miradas y una sonrisa cómplice se dibujó en su curtido rostro, mientras disfrutamos en silencio aquel festín. La dueña de la fonda debió haberlo notado, pues le preguntó que si estaba celebrando algo. El

viejo confesó entonces que se estaba preparando para un gran evento. Había sido boxeador en su juventud, y acostumbraba rememorar en voz alta sus victorias, cada vez que se lo pedían. Por supuesto que a su edad no podía defenderse solo, pero al verlo danzar sobre la punta de sus zapatos, se distinguían restos de la gracia y agilidad de otrora. Teníamos un acuerdo tácito: él conseguía la comida, y yo me encargaba de protegerlo (a veces de sí mismo). Nos despedimos cortésmente de la señora de la fonda, paseamos un rato por la costa, gozando la suave brisa de la bahía, y recorrimos las cuadras que suben hasta el parque, donde usualmente pasábamos el día.

El parque es mi sitio predilecto. No sólo es más fresco, por la sombra de los árboles, sino que hay una fuente para calmar la sed, y encuentro niños con quien jugar; siempre bajo la atenta mirada del viejo. Por su parte, allí se reúne mucha gente de cabellera blanca, juegan dominó, leen el periódico y discuten sobre la vida. Algunas personas, viendo lo flaca que soy, deciden compartir conmigo su hot dog, maní, helado, o cualquier otra cosa. No me puedo quejar.

Aquel mediodía el viejo escuchaba atentamente la radio con sus amigos, cuando de pronto peló los ojos, se irguió completamente, metió la mano en el bolsillo de la camisa y sacó el billete. Lo miró fijamente, lo apretó en su puño y en seguida levantó la vista para buscarme. Entonces fue directo hacia mí, me dijo que me levantara de la banca y que lo siguiera. Empezó a caminar rápidamente, brincando los obstáculos. Casi corría, y me costó llevarle el paso al principio. Algo raro estaba sucediendo, me percaté, pues su respiración había cambiado, y estaba más serio que de costumbre. No volteó a verme, seguro de que le pisaba los talones. Cubrimos varias cuadras en cuestión de minutos. Al llegar a una avenida más ancha nos detuvimos. Los carros pasaban a gran velocidad. Se agachó para hablarme al oído, mientras esperábamos a que se despejara la vía.

—Se acabó— me dijo— Ahora sí vamo' a 'ta en la papa, princesa. No más frío en las noches, no más asaltos, ni hambre, ni abuso de los tongos. Tamos hechos, ¿oiste?—. Acarició mi frente con mano temblorosa, y pude ver lágrimas bordeando sus profundos ojos marrones.

Todo sucedió tan rápido a continuación. Dimos unos pasos para cruzar. Los carros se detuvieron. Pero de pronto hubo gritos, escándalo de frenos, y el viejo voló por los aires. El delgado y añoso cuerpo, en posición extraña, daba la apariencia de ser un montón de ropas viejas. Se sucedieron humo, sangre, angus-

tia, policías, hombres con bata blanca, y nadie caía en cuenta de que ese viejo iba conmigo. No me preguntaron cómo estaba, si lo conocía, hacia dónde iba con tanta prisa.

La puerta de la carroza se cerró con un golpe seco ante mis narices, llevándose al viejo en una bolsa negra, con el billete aún apretado en su puño, y al instante se alejó con ruido de sirenas por la avenida, mientras una mujer policía dispersaba la muchedumbre reunida en el centro de la calle.

—¡Vamos, circulen!. ¡Aquí ya no hay nada que ver! — voceó repetidas veces, mientras los carros volvían a formar el denso fluido en las venas de la ciudad.

Lucinda se llamaba la policía. Recuerdo bien su nombre y el aroma de especias en sus manos. Seguramente cocina muy sabroso— pensé. Aunque a veces había sido dura con el viejo, empujándolo con la punta del tolete en el costado, para sacarlo de los portales en los que solíamos dormir, conmigo era más amable, casi maternal. Una vez me trajo carne frita (que por supuesto compartí con el viejo). Hasta me acariciaba la cabeza, cuando el supervisor no estaba cerca. Sin embargo, esta vez no me determinó, ocupada en el tumulto de reporteros y curiosos que se agolparon a nuestro alrededor tras el accidente. La conmoción en la plaza fue tal, que suspendieron el sorteo por unos instantes, y algunas damas se desmayaron. Regresé a la acera, jadeante y estupefacta. Aún tenía la esperanza de que el viejo volviera por mí.

Absorta como estaba por lo sucedido, no me di cuenta que Lucinda se había acercado y estaba de pie, junto a mí, observándome consternada. Me colocó un collar en el cuello y, tirando de una correa, me subió a su patrulla. Una vez dentro, cerró la puerta y me abrazó fuertemente. Acariciándome el lomo, susurró: —Tranquila, princesa, yo te voy a cuidar.

ROLANDO ARMUELLES VELARDE: Nació en la Ciudad de Panamá el 11 de octubre de 1970. Bachiller en Ciencias y Letras del Colegio San Agustín (1987) e ingeniero electrónico, graduado de la USMA en 1996. En 2001 obtuvo el título de Master en Sistemas de Información y Comunicación en la Universidad Técnica de Hamburgo, Alemania, mediante una beca del DAAD. Tiene el título de Master en Liderazgo Estratégico, de la Escuela de Negocios San Pablo - CEU, obtenido en Madrid en 2004 con una beca de la Fundación Carolina. En 2005, el semanario Capital Financiero lo incluyó en su reconocimiento a los "40 menores de 40". Egresado del Diplomado en Creación Literaria 2009, de la U.T.P.